



CAPÍTULO XV.

I.

PIEDAD DE FELIPE II.

Es tan notoria y vése tan de relieve la piedad de D. Felipe II en las historias y otros libros escritos en su tiempo, que casi parece impertinente tratar aquí este punto. Mas por cuanto algunas lenguas y plumas del último pasado siglo, y también del presente, predicaron que el católico Monarca vivió vida licenciosa, no se puede ménos de evocar una vez más los testimonios de aquellos escritores que pudieron ver la verdad y santidad de costumbres en Felipe II, cien mil veces mejor que sus enemigos pasados y presentes. Y así, preguntando al tan cuerdo como conocidísimo escritor Juan Eusebio Nieremberg sobre las cualidades personales de S. M., responde en una de sus obras que D. Felipe II fué uno de los monarcas españoles que mejor supo hermanar su grande majestad y poderío con la humildad y la modestia. Y afirma tan verídico y concienzudo autor que nuestro Soberano tenía de sí tan bajo concepto, que muchas veces solía repetir que no era «digno de estar debajo de la tierra que pisaban los siervos de Dios»¹.

¹ «Con tan grande majestad de su potencia hermanó una rara humildad. En el monasterio del Escorial, quando se empezaba estuvo aposentado estrechamente debaxo del coro, y advirtiéndole le inquietarian de noche y de día los frailes con el canto y con el alzar y baxar las tablas de los asientos, respondió que esso era assí, mas que lo llevaba bien porque *no era él digno de estar debaxo de la tierra que pisaban los siervos de Dios.*» *Obras filosóficas* del P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, tomo III, folio 267 vuelto, en Sevilla, año 1686.

Bien conocida es entre gentes eruditas y estudiosas aquella relación que trae el mismo escritor, hijo preclaro de San Ignacio; conviene á saber: que estando S. M. en Valladolid, entróse por las puertas de palacio rodeado de muchos pobres aquel fraile virtuosísimo Fr. Jerónimo Vallejo, de la Orden de Santo Domingo. El cual, viéndose detenido por algún palaciego, quien le advertía que tales gentes pordioseras no debían pisar los salones de los reyes, respondióle humilde Fr. Jerónimo: «No entendí yo que en casa de un príncipe christiano, y tan christiano, avia leyes que fuesen contrarias á la de Dios y que estuviesen cerradas las puertas por este camino á las necesidades de los pobres». Altercóse con este motivo de una y otra parte; y no sabiendo la causa el rey, salió y dió la razón al fraile dominico. Y no contento de ello, cogió por la mano uno de los niños pobres que formaban la escolta de Fr. Jerónimo, le metió en sus estancias reales y le honró como á representante de Jesucristo, mandando al príncipe D. Felipe su hijo, que le diese alguna buena cantidad por vía de limosna. Con lo cual dejó muy satisfecho al humilde religioso y quedó él mismo, merced á tan santa manera de obrar, muy afecto y bien quisto en los ojos del Rey de todos los Reyes¹.

Llenas están las historias de relaciones y testimonios que demuestran luminosamente la mucha piedad y religión del Prudente Monarca. Todo el mundo sabe como hallándose en cierta ocasión en el escurialense Monasterio con su hijo D. Felipe, entró en la sacristía, donde á la sazón se estaba revistiendo para celebrar el Santo Sacrificio un religioso de San Jerónimo.

¹ «Fué tanta su devocion y humildad, que estando en Valladolid entró en palacio un santo fraile, de la Orden de Santo Domingo, llamado el presentado Fr. Jerónimo Vallejo cargado de pobres; y subiendo con este acompañamiento por las escaleras, viéndolo un proto-médico de Su Majestad, le reprendió... Quejóse el médico al rey del dicho y del hecho de Fr. Jerónimo, y su Majestad como tan humilde y devoto príncipe respondió que el fraile tenía razon en todo lo que intentaba y decia: y mandó entrar en su aposento un niño pobre de los muchos que le acompañaban y que se le hiciese limosna y quiso que se la hiciese el príncipe D. Felipe con su mano.» Nieremberg. *Obras filosóficas*, tomo III, Virtud de las coronas, fóllo 268: Sevilla, 1686.

En el mismo instante mandó al Príncipe que le compusiese el alba y le ayudase á vestir. Distráido el augusto niño, permanecía cubierta la cabeza ayudando al sacerdote que se iba poniendo las sagradas vestiduras. Pero el Rey viéndole, llamóle la atención y le dijo: «Príncipe, ¿sabéis lo que estáis haciendo?» El cual advertido de lo que el Rey su padre le decía, se descubrió al instante y con mucha humildad continuó vistiendo al sacerdote. Porque era el hijo buen imitador de la grande humildad del Padre, de quien en muchos libros se halla escrito, que en viendo á cualquier sacerdote salir de la sacristía, luego después de haber celebrado misa, descubría con veneración su real cabeza. Y si le preguntaban la causa de aquel respeto extremado á los ojos de los hombres, contestaba al instante y sin rebozo, que el sacerdote cuando acaba de celebrar el incruento sacrificio, es como relicario y custodia de Jesucristo Dios y hombre verdadero ¹.

Pasaba S. M. muy á menudo desde Madrid al Escorial cuando se levantaba el célebre monasterio de San Lorenzo, como atrás se dijo; y en el año 1566 estuvo á celebrar allí la Pascua de Navidad. En la cual noche del nacimiento del Señor, anduvo mezclado con los monjes cantando y rezando los maitines sin sentarse; y á pesar de la crueldad y frío de la estación, descubierta la cabeza, estaba tan compuesto y devotísimo, que la comunidad le miraba como ejemplar y modelo de compostura y respeto. Tenía el Breviario en la mano y ponderaba los grandes misterios de la Encarnación y aparición del Señor en este mundo por salvar al hombre. «Y aunque habia, como

¹ «.....Y como estoviese el Príncipe cubierta la cabeza, le dijo: Príncipe ¿sabéis lo que estais haciendo? Advirtió el Príncipe en lo que le decía y se quitó luego la gorra, y con mucha humildad ayudó á vestir al Sacerdote. Quitaba la gorra (el Rey) y descubria su cana y venerable cabeza Real al Sacerdote que salía de la sacristía acabado de decir la misa: procurando saber de Su Majestad la causa algunos discretos consejeros suyos, dijo que consideraba al Sacerdote que acababa de decir misa como á relicario y custodia de Cristo, cuyas especies Sacramentales aun duraban sin corrupcion en su pecho, y assi le hacia aquella reverencia.» Nieremberg: en el folio 268 de su citada obra.

escribe Porreño, estrechura en el coro y era frio sobremanera... estuvo con los frailes en los Maitines sin arrimarse hasta el primer Salmo descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad, que edificaba á los más observantes y servía de despertador el ejemplo de un monarca del mundo criado en abrigo y regalo: pero su devocion y piedad jamás fué vencida en materia de oficio Divino por largo que fuese.» Nótese que sucedía esto precisamente por aquellos años en los que, al decir calumnioso é infundado de los enemigos fieros y mansos, estuvo el Rey viviendo licenciosamente ¹.

Hay testigos de lo que se va probando, y de tanta sencillez y veracidad, que en buena crítica no se pueden recusar. Algunos de ellos dan testimonio por incidencia y sin pretenderlo, de este punto que conviene esclarecer. El tan experto como sencillo obrero mayor del cenobio de San Lorenzo el Real, Fr. Antonio de Villacastin, cuyas *Memorias Manuscritas* conserva aquella biblioteca, afirma que la devoción de D. Felipe II en la época arriba dicha era muy grande y extraordinaria, manifestando con ella muy á las claras un corazón cristiano, lleno del espíritu, no de la carne, sinó de castidad y limpieza. Por lo que el Padre Sigüenza al narrar los actos de piedad del Monarca, asegura que el lego Villacastín le contaba muchas veces, cómo ayudando la Misa de Prima en la iglesia provisional que se hizo desde el principio mismo del edificio, veía diariamente á Su Majestad oyéndola con suma devoción, derramando lágrimas que humedecían sus reales mejillas y declaraban bien de camino el gran calor de fe y de piedad que ardía en su pecho.

Aquel mismo historiador añade, que edificada la capillita que servía de iglesia, mandó el Rey que para estar en ella formando coro con los religiosos, «le hiciesen tambien allí un aposento: y hecho, acomodáronle de suerte, que desde él podía oír los Oficios divinos, Misas y sermones. Otras veces se salía á la tribunilla con los religiosos, y como todo era tan estrecho, forzosamente estaban hombro con hombro, y de verse así más

¹ *Dichos y Hechos del Sr. Rey D. Felipe II.....*, por el licenciado Baltasar Porreño, cap. V, pág. 51.

de una vez á él y á ellos se les venían las lágrimas á los ojos, aunque los unos y los otros procuraban encubrirlas, ó sorberlas. Aquí por algunos años probó el devoto Monarca la pobreza de Bethleem y del pesebre de Iesu Christo, para después gozar con merecidos gustos la representación de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento.» De esta manera testigos veraces y religiosos en el referir tales obras y actos piadosísimos del Rey en los años, repito, en que ciertas plumas ligeras lo pintan envuelto en vicios y pasiones, muestran, sin querer, que S. M. también en aquella fecha era modelo vivo de santidad y pureza ¹.

Por aquel mismo tiempo consta que la mucha devoción de D. Felipe, incompatible con la licencia y espíritu mundanal del vicio que se le atribuye, le llevaba muchas veces y en el silencio de la noche, á meditar las grandezas y maravillas de nuestra santa fe, al coro de la capillita arriba mencionada. De lo cual hacen mención señalada los historiadores contemporáneos. Y una noche singularmente mostró muy clara la afición grande que tenía á las cosas santas; porque habiéndose traído á la improvisada capilla un libro nuevo de coro, recogidos ya los monjes y á hora muy avanzada, se entró á gatas por una ventanilla para gozarse en verlo y registrar las divinas letras y sentencias que contenía. Mas el Padre guardián que por oficio y obligación de conciencia velaba mientras que los monjes dormían, se fué al coro y poniendo la linterna á la cara del personaje que allí estaba tan embebido en las cosas de piedad, reconoció bien pronto al augusto fundador; y ámbos, el Príncipe y el buen padre, se quedaron como avergonzados de verse mutuamente sorprendidos: el uno, de que se había entendido y

¹ «Jurávame este siervo de Dios (Villacastin) que muchas veces alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del Rey correr las lágrimas: tanta era su devoción y ternura mezclada con alegría viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino.» Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por Fr. José de Sigüenza, discurso IV, págs. 549 y 550. Madrid, en la Imprenta Real, año 1605.

visto su entrada por la ventana, y el otro, de haber perturbado, sin quererlo, al piadoso Monarca en sus entretenimientos santos y devotos ¹.

II.

MÁS TESTIMONIOS.

Entre la multitud de actos santos y piadosos llevados á cabo por D. Felipe, voy entresacando y prefiriendo aquellos que practicó en los años comprendidos desde 1557 á 1565 para que el buen crítico é imparcial lector vea con sus propios ojos, cómo el Rey, ni en aquel corto espacio de tiempo, ni en ningún otro de su larga vida, dió motivo á las *anécdotas escandalosas*, de que sin fundamento alguno y juzgando sólo por enemigas referencias, cuentan los embajadores venecianos Badoero, Paolo Tiépolo y Soranzo en sus relaciones demasiado creídas y respetadas ². Las prácticas santas á que entonces se consagraba el Rey Prudente entre humildes religiosos en la iglesia provisional de su Maravilla escurialense, declaran que D. Felipe andaba en mejores relaciones y amistad perfecta con Dios y con las virtudes, que con los vicios y el espíritu de la carne. Con efecto: en el año de 1565, el Rey Felipe de España dió al mundo raro ejemplo de humildad y de fe católica en la impe-

¹ «Otra vez estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa, y viviendo juntos él y dos religiosos en ella, supo que habían traído un libro de los de canto llano para los Oficios divinos, tuvo tanta gana de verlo, por ser el primero, que después de recogidos los religiosos, entró á gatas por una ventana que salía de su aposento al coro; andaba el Prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vió luz en el coro entró á ver quien era, y halló al Rey dentro y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era fuerza entender que avia entrado por la ventana: menudencia fué para tan gran Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y desseo santo y pio.» Sigüenza, libro y discurso citados arriba. Pág. 550.

² Véase el capítulo postrero de la segunda parte de este libro.